

Título: Matías Duville

Autor: Eva Grinstein

Lugar y fecha: Buenos Aires, 2008. Publicado en la revista Artecontexto Nro. 17 (Madrid).
En ocasión de la muestra Una escena perdida, Galería Alberto Sendrós.

Integrante de la joven generación de artistas argentinos que se proyectó con energía a nivel nacional e internacional desde comienzo de este siglo, Matías Duville (Buenos Aires, 1974) ocupa un lugar consolidado a fuerza de puro talento, al margen de modas y tendencias. Mientras muchos de sus colegas se preguntaban si correspondía adscribir a la línea político-conceptual-comprometida o a la formalista-infantil-decorativa, Duville trabajaba de un modo si se quiere anacrónico, atento a las vicisitudes de los materiales y anclado en una narrativa personal que, sin perder su eje, fue aprendiendo a tomar desvíos al calor de los experimentos con los diferentes soportes.

El crecimiento de Duville fue acelerado: su inserción en el circuito del arte contemporáneo fue simultánea, tras terminar su profesorado de artes visuales, con sus estudios de perfeccionamiento en el taller de Jorge Macchi y luego de 2003 a 2005 en la Beca dirigida por Guillermo Kuitca. A sus primeras exhibiciones en la galería Alberto Sendrós (2003.2005) pronto le seguirían individuales en el museo MACRO de Rosario, en la galería Baró Cruz de São Paulo y este año en el MUSAC de León, además de una residencia en el prestigioso centro italiano Civitella Ranieri. El coleccionismo argentino acompañó con verdadero interés este proceso, y hoy es uno de los artistas más codiciados en el mercado local. Pero el "éxito" no parece habersele subido a la cabeza a Duville, aunque sin dudas le ha impulsado a redoblar la apuesta, según se puede apreciar en su nueva muestra individual en la galería Sendrós.

Dibujante figurativo, ni realista ni surreal, Duville se mantiene constante en cierta predilección por las formas del paisaje. Sus escenas tienden al cruce de situaciones naturales -lugares, fenómenos, animales- y artefactos culturales -automóviles, casas, puentes-, potenciados por la ausencia casi total de figuras humanas. Sin el peso retórico de la representación antropomórfica, son los espacios mismos y las cosas los protagonistas de unas historias que no desean ser del todo contadas. En los techos a dos aguas, en los laguitos rodeados de árboles con sus sombras y en los troncos quebrados por la acción de algún vendaval posible, están contenidos los relatos.

Dibujando con bolígrafo sobre seda o con crayón sobre papel, por mencionar sólo dos de los medios que ha utilizado, Duville desarrolló series más o menos extensas en torno a algunos temas que aparecen interconectados entre sí al mirar el conjunto de su obra en perspectiva. En su más nueva producción, que presenta bajo el título Una escena perdida, vuelven varios de sus íconos habituales, como el árbol y la casa, pero en un sorprendente cambio de escala impulsado por el tipo de soporte elegido: se trata del aglomerado de madera, material utilizado para abaratar costos en la construcción y comercializado por planchas, que Duville yuxtapone formando enormes planos de 2 metros y medio de alto por 4 a 7 metros de base. El paisaje ampliado se convierte así en empapelado de pared, pintura mural, pantalla panorámica. El aglomerado se amolda al paisaje como fondo vetado, indicando a la pincelada cómo comportarse y brindándose en pequeños fragmentos coloreados, desprendidos y vueltos a pegar.

Dadas las dimensiones de las obras era imposible que la galería pudiera albergar más de cuatro o cinco, y aún así lucen apretadas. La sensación es extrañamente contradictoria: uno se queda con ganas de ver más, y al mismo tiempo desbordado por el peso de los detalles infinitos que hacen de la obra de Duville un disparador ideal para la ensoñación y el embeleso.